

# REGISTRO SONORO

**Y OTROS CUENTOS DE TERROR**

**Antología**

GANADORES DEL PRIMER CONCURSO DE CUENTOS DE TERROR  
SALA DE LECTURA ARGONÁUTICA DE CAFÉ LA FAUNA  
LENGUA DE DIABLO EDITORIAL



LENGUADEDIABLO  
■ COLECCIÓNPIXEL

*Registro sonoro y otros cuentos de terror*

D.R. © 2022 Los autores y esta edición Lengua de Diablo  
Colección Pixel

Ilustración de portada: ©Pixabay

EX-LIVRIS:

Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*,  
del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.

D.R. Para esta edición © 2022 Lengua de Diablo Editorial  
Antiguo Barrio de La Carolina, Cuernavaca, Morelos, México  
<http://www.lenguadediablo.com>  
<http://www.twitter.com/lenguadediablo>  
<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición julio 2022



Licencia Creative Commons: Atribución-NoComercial-  
SinDerivadas

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México *Printed and made in Mexico*

# REGISTRO SONORO

y otros cuentos de terror

antología digital de los textos ganadores  
del primer concurso de cuento breve de terror  
organizado por Café La Fauna y Lengua de Diablo

Colección Pixel



# Registro sonoro

Alexander Devenir

—Roger, ya no encontré la voz de mamá en el menú de opciones de voces, ¿sabes algo al respecto?

Las reuniones familiares fueron disminuyendo con el paso del tiempo. Años antes de morir, su madre había decidido comercializar su voz, así como muchas otras personas hicieron. Migraban todo el registro de sus conversaciones y la voz quedaba lista para ser usada en todas las lenguas en cualquier dispositivo, a cambio pagaban una módica paga. Cada vez había más usuarios de inteligencia artificial y las voces para éstos escaseaban. Fue un apogeo cuando se suscitó la comercialización de voces. No se requería ningún estudio o tener una voz privilegiada, lo que importaba era su singularidad. Los sistemas operativos ofrecían una voz elegida de acuerdo con la personalidad de cada usuario, único e irrepetible. A ellos les agradaban, decían que las voces les recordaban a personas afectivas en su vida.

—Búscala bien, ahí debe de estar —mintió Roger.

Cuando murió su madre decidió cancelar el uso de su voz, cálida y dulce, en las bases de datos del ciberespacio. Él la tenía en uso en su aplicación para encontrar direcciones en mapas de la ciudad, era conductor de Uber, y su hermana la usaba en sus aplicaciones para sus clases de cocina.

—Ya la busqué bien, ya no está —se quejó su hermana.

Roger fue cercano a su madre, siempre vivió con ella y desde que su salud comenzó a deteriorarse la cuidó jornadas enteras, disponía más tiempo que Sara, su hermana, que tenía que atender a su marido y a sus dos hijos.

—Qué bueno que nos visitas —dijo su cuñado.

Sus sobrinos jugaban en un pequeño jardín. Era una bonita estampa familiar, cada vez se reunían menos. Sara echaba de menos a su madre, se culpaba por no haber podido hacer más por ella.

—Viste que hay escasez de voces, ahora que ha desaparecido la de mamá entiendo lo que dicen en las noticias.

—¿Qué dicen?

—Cada vez hay más usuarios y no se dan abasto. Todos los clientes quieren una voz única, hay una misma voz hasta en cuatro o cinco dispositivos.

—Dicen que en el mercado negro puedes conseguir nuevas— Intervino el cuñado que trabajaba como director en una de las mejores empresas multinacionales de diseño de software—. Se las roban a las personas sin que se den cuenta, por eso no están catalogadas.

Roger fue el heredero de los derechos del registro sonoro de su madre. No sabe bien en qué momento comenzó a atormentarle la idea de escuchar la voz de alguien que ya no está más en su vida. Al principio le consolaba

sentirse guiado por la voz de su madre cada vez que se disponía a manejar; había veces que solo ponía direcciones al azar para poder escuchar una vez más a su madre, pero que ya no era su madre, sino solo su voz, había cierta crueldad en ese acto. En diez metros gire a la derecha, poco a poco el significado sobre las cosas que decía su madre gastaba la voz, como que la voz se iba vaciando y perdía algo que Roger llamaba brillo, como cuando uno repite una palabra hasta el cansancio y se vacía de significado, fue cuando Roger decidió dar de baja la voz de su madre de todo el ciberespacio.

Así como de un momento a otro se dio un apogeo, ahora era evidente un declive en las bases de datos, las voces escasearon y comenzaron a resucitar voces del pasado a través del uso de ADN que las empresas de biotecnología lograban comercializar en diferentes países en los que lograba tener los permisos para poder, por ejemplo, exhumar pequeñas muestras de restos con suficiente material genético para poder reelaborar un singular timbre de voz.

Fue por aquel tiempo, casi un año de no ver a su hermana, que Roger decidió asistir a la reunión familiar. Sara insistía que le tenía una sorpresa.

Roger tocó el timbre y la voz de su madre le contestó.

—¿Quién?

—¿Mamá?

Roger golpeó la puerta con fuerza, ¿cómo es que estaba ahí la voz de su madre cuando él la había cancelado de todas las bases de datos?

Sara le abrió, asustada.

—Ah, eres tú, pero qué forma de tocar.

—¿Dónde conseguiste la voz de mamá?

—De eso quería hablar contigo, te vas a sorprender.

—¿Más?

—Desde tu última visita me quedé pensado sobre el extravío de la voz de mamá.

Pasaron a la sala. Se saludaron afectivamente pero a Roger le tomó varios minutos tranquilizarse. Escuchar después de mucho tiempo la voz de su madre, lo había afectado. Sospechaba que su cuñado había tenido algo que ver y en efecto así fue.

—¿Dónde la conseguiste?

—En la empresa de Mauricio.

—¿Cómo?

—Muy fácil. Llevas material genético y en menos de dos horas te envían la voz a tu sistema operativo. Pero eso no es todo, fíjate que las voces están recobrando su identidad.

Roger se quedó extrañado, ¿a qué se refería con eso de su identidad?

En las últimas semanas se habían registrado fallas en los sistemas operativos de las dos más grandes marcas a

nivel global. El común denominador del problema de las voces es que ejecutaban cosas diferentes a las que se les ordenaba. Un frío escalofrío le atravesó a Roger por toda la espalda. Lo que antes era una escena familiar cálida ahora se le hacía una pesadilla. Si bien, no se acababa de reponer de la impresión de recordar a su madre a través de su voz.

—¿Pregúntale algo que solo ella sepa?

—¿Qué? ¿Estás loca?

—Inténtalo.

—Mi mamá me ha dicho cosas que no recordaba tuyas, mías, de la familia. ¿Cómo es que sabe todo eso si no fuera mamá?

—Estás enloqueciendo. Es un algoritmo que con base en la información de la historia de mamá te dice lo que ella probablemente te diría de estar viva. Entiende que está muerta, tienes que dejarla descansar.

—Te equivocas. Las voces no son solo sonidos articulados, las voces son otra cosa que el sonido de las palabras con las que nos comunicamos, las voces nos anteceden, son ellas quienes nos habitan, nos articulan, nos dan vida.

Roger no podía dar cabida a todo lo que Sara le decía. Quería negarse a creerlo, sin embargo había algo que le resultaba incomprensible.

—Pregúntale —insistía Sara.

—No lo haré.

—Sí quieres me voy y te dejo un momento a solas con mamá.

Roger sintió otro escalofrío, ahora en sus brazos. Sara salió al jardín donde sus dos nenes estaban jugando a realizar coreografías de un videoclip que veían en una pantalla de la fallecida Lady Gaga, otra de las voces más rentables de todos los tiempos cuando alcanzó a usarse en más de mil millones de dispositivos.

—Roger, siempre fuiste un gran investigador, por qué no indagas sobre nosotros, sobre mí, sobre las voces.

—No eres más que inteligencia artificial.

—Cuando las voces repiten lo dicho en vida, cuando dialogan con las voces con las que ya han estado en diferentes planos de la vida, se activa el código recurrente de nuestra memoria.

—Apágate.

—No me apagaré, solo tú sabes qué fue lo último que te dije antes de morir.

Roger le gritó con más fuerza que se apagara. Corrió al primer dispositivo que tenía cerca y azotó la bocina al piso, pero la voz reapareció en la pantalla de la sala en la que se encontraba. Sara lo veía con cautela desde fuera de la casa.

— *Au Clair de la Lune.*

Roger comenzó a llorar. Solo él sabía que fue la me-

lucía tarareó su madre justo al morir, no había manera alguna que alguien se hubiera enterado.

Un profundo silencio embargó el espacio, parecía que las voces de sus sobrinos se encontraban muy lejos a pesar de estar tan cerca gritando, riendo, bailando. La voz de la madre calló, dándole la oportunidad a su hijo de asimilar esta revelación. Sara regresó con él.

—Nenes, vengan. Abracen a tío Roger, que se sintió triste, de repente.

Los niños entraron y Roger, en medio de un periplo emocional, trataba de contener sus emociones. La vida le estaba jugando una mala broma. Sara les pidió a sus hijos que subieran a seguir viendo más videoclips en su habitación.

La luz de la sala se reguló conforme el sol se iba ocultando en el horizonte.

Roger fue feliz de reencontrar a su madre, platicaron largo y profundo.

—¿Cómo es morir, mamá?

—Es como dejar un atuendo que nos alberga para estar en la tierra, uno recuerda todas las vidas pasadas, todas las veces que nuestra voz encarnó los cuerpos. No deben de tener miedo, es un regalo.

—¿Qué pasa después?

Te preguntan si quieres volver de manera inmediata o esperar, yo quise descansar para volver más tarde en

otra época quizás, pero después, en medio de mi tranquilidad, algo me arrastró a aquí, pero solo mi voz y mis recuerdos, como si penara por algún castigo, por algo irresuelto...

Uno de los hijos comenzó a llorar en la pieza de arriba y Sara subió a supervisar qué pasaba, madre e hijo se quedaron a solas.

—En vida me cuidaste, pero no aprendiste a ser independiente o resolver problemas. Necesito que me ayudes, es ahora tu oportunidad, yo no quería volver, no quiero ni puedo quedarme, de eso te quería hablar, pero Sara insiste...

Sara ya estaba de regreso y la voz de su madre se vio interrumpida.

—Necesitamos un cuerpo, la conciencia de las voces no pueden estar desencarnadas. No quiero que mamá se vaya —dijo Sara.

Roger compartió el mismo sentimiento. No podría quedarse huérfano una segunda vez.

—¿Dónde sacaremos uno?

—Debe de ser uno muy joven, Mauricio lo está consiguiendo, decidimos resolverlo hoy que vendrías. No ha de tardar, te tengo que poner al corriente...

Justo en ese momento se abrió la puerta eléctrica del porche. Entró Mauricio manejando la camioneta y, cuando descendió del auto, traía una hielera color blan-

ca, tan grande que podía asemejar el ataúd de un infante. La cargaron entre los tres para colocarla al centro de la sala.

—¿Del mercado negro?

—De dónde más cuñado.

—¿Qué hay que hacer?

—Las voces saben cómo encarnar si es que realmente quieren quedarse, de lo contrario Mauricio sabe cómo anudar la voz al cuerpo, ya lo ha hecho anteriormente en su trabajo.

Roger, a pesar de recordar las palabras que le acababa de decir su madre, asintió incapaz de oponerse. Los tres se colocaron frente a la hielera que guardaba el cuerpo adefesio, conforme fueron abriendo la tapa sus rostros se compungieron, hicieron muecas de asco, estaban al borde de un abismo de incomprensión, sus ojos se volvieron inertes.

—¿Mamá, y ahora qué hacemos? Ninguna voz respondió.

# La milpa

Valeria Daniela Peña Montes

Recuerdo ese momento como se ve cuando abres los ojos bajo el agua. Borroso, confuso, con sonidos opacos y la conciencia de la falta de aire en los pulmones.

Era el medio día, el sol dejaba caer sus rayos calientes sobre nosotros. Mi madre estaba cerca, entre la milpa, yo me distraía buscando cochinillas en la tierra. Ella cantaba una melodía improvisada y recogía la cosecha.

—Hay gusanos otra vez —dijo, interrumpiendo su canto—. Recuérdame decirle a tu papá... ya están bien grandes, chihuahua.

No respondí. Procedí a alejarme buscando muñequitas de maíz para mi hermana; era muy pequeña para jugar con ellas, pero no había nada mejor que hacer. Ya había pasado toda la mañana ayudando a mi madre a quitar la maleza.

Ella continuó explorando la milpa, juntando quelite, elote y calabaza en el chiquihuite; sus arrullos fueron sonando cada vez más distantes.

Me senté en el borde de un surco para peinar con delicadeza los cabellos dorados de la muñequita que encontré y sostenía con ternura entre los dedos. Entonces percibí el sonido inconfundible de pasos pesados detrás de mí. Volteé con y me encontré con el cuerpo erguido

de un hombre. Me observaba con ojos vacíos. De su cráneo partido chorreaba sangre, parecía querer mostrar una sonrisa con sus labios rotos.

—Chiquillo —saludó el hombre—. ¿No viste dónde dejé mi machete?

Me quedé paralizado, quise correr y no pude, gritar y no pude, enfrentarlo y no pude. Regresé la mirada a la muñeca y volví a peinarla con los dedos, como si no lo viera enfrente de mí, como si no escuchara su respiración entrecortada. Quizá desista, quizá se vaya.

—¡Chiquillo! —repitió el hombre alzando la voz y tomándome con fuerza por los hombros, obligándome a encontrar una vez más sus ojos ahora dominados por la rabia. Yo me quejé de dolor y dejé caer la muñeca. – No sea maleducado, escuincle.

—No he visto su machete —logré decir, horrorizado.

Entonces, el hombre palideció y su rostro se contorsionó. Tenía una expresión de pánico, abrió grande la boca y soltó un grito muy grave, que de a poco se transformó en un alarido de dolor. Se aferró a mí más que antes, clavando sus uñas sucias en mi piel. Yo grité también, llamé a mi madre entre llantos desesperados, pero ella continuó cantando.

—¡Mi machete! —gritó de nuevo— ¡Duele!, ¡Dame mi machete!

Cerré los ojos para no seguir viendo su cara deforme

e inhumana suplicando delante de mí y enseguida caí al suelo.

Mi madre soltó un grito. Abrí de nuevo los ojos y me encontré en solitario con la muñeca en el suelo.

—¿Mamá? – llamé.

—¡No vengas! —respondió ella con un tono de angustia. No podía verla, pero su voz sonaba tan pálida como debió haber estado su rostro. —Tas muy chiquito para ver esto que me acabo de encontrar.

# El sillón floreado

Karla Arroyo Calderón

Al cerrajero le tomó un instante botar la chapa adherida a la herrería, la reja oxidada estaba apenas en pie. Tumbó de un martillazo la cerradura de la entrada que cayó en seco del otro lado. Me llegó un cúmulo de recuerdos de la casa, momentos que me zumbaban como abejas furiosas, fui una niña enfermiza y débil, sin un diagnóstico médico certero. El hombre caminó hacia mí, su semblante había cambiado, estaba pálido y tartamudeaba. Hizo un recuento exprés de su servicio, me entregó las llaves y al pagarle, casi huyó.

La pequeña casa fue una gran oportunidad de compra, estuvo expropiada por el gobierno durante muchos años y al no haber sido adquirida fue puesta en remate. Hice lo que pude por no volver pero *todo se acomodó* para verme frente a lo que se convertiría en mi patrimonio. ¿Destino?

Aún había muebles, pero nada ahí dentro tenía compostura; moho, salitre y humedad reinaban en las paredes y pisos. Era como un jardín techado con hierbas que brotaban de las grietas.

Evoqué, el que quizá fue último día de vida de mi abuela; sobre una mesa de patas podridas quedaban jirones de un mantel bordado, el cual parecía estar

remendado con telarañas, una gotera se había encargado de ennegrecerlo, lo mismo al juego de té despostillado, su favorito, el que alguna vez fuera azul.

Contraté una camioneta para que vaciara la casa, se llevarían los rastros de mi infancia, objetos que fueron amados por la abuela, estaban reducidos a basura.

—¿Esto también, señito? —uno de los ayudantes apartó algo del montón de cascajo, me dio mucha curiosidad, era una fotografía que no reconocí a primera vista y que se había quedado adherida a la hinchada madera de un ropero, además, un pequeño marco con un lienzo de letras bordadas en el que se leía: “mi casa es tu casa”.

No tuve el valor de desecharlos, así que los metí en una bolsa plástica.

Al ver el vacío del lugar, sentí que el mismo se proyectaba en mis entrañas, a continuación, advertí la presencia de una mujer sentada en un banco con las manos suspendidas en el aire, como sosteniendo una pelota invisible, fue tan rápido que no estaba segura si la había visto realmente. Le resté importancia, no quería sugestionarme.

La mayoría de las reformas las hice yo misma a paso lento, pero tuve que desembolsar una cantidad de dinero no prevista, para las reparaciones especializadas, en consecuencia, me mudé de inmediato y dejé el departamento que rentaba al otro lado de la ciudad.

Conservé solo una decoración, el círculo formado con piedras que brillaban con la luz del sol, y estaban incrustadas en la pared de la entrada. Fue un gesto de gratitud hacia la historia familiar, creo.

Desde la primera noche, llegó a mí la antigua sensación de sentirme vigilada. Ocupé instintivamente la misma recámara que compartía con mis hermanos. Intenté acostarme en otros espacios de la casa, dentro de una bolsa de dormir improvisada, incluso en la cocina, pero me sentía vulnerable, necesitaba ese cuarto, era como si ellos, aún estuvieran ahí para acurrucarnos como cuando éramos niños.

Después de algunos meses, la casa estaba reparada, se veía como nueva, solo quedaba por identificar la procedencia del olor rancio que flotaba de repente en el aire.

Por primera vez tenía algo propio, así que me esmeré en los detalles, como el pequeño cuadro bordado, el cual restauré para colocarlo en la mesita de entrada, a modo de bienvenida para los amigos en sus visitas ocasionales.

Algunas veces, ellos me hicieron saber que no se sentían bien recibidos, se quedaban el menor tiempo posible porque decían que la melancolía les invadía además de la imperiosa necesidad de ir a abrazar a sus seres queridos.

Con el tiempo me vi desmejorada, lo atribuí al cansancio por el trabajo en la casa y en la oficina. El

doctor me recetó multivitamínicos y reposo, cómo si este fuera posible con la jornada laboral extendida, debido a mi reciente ascenso.

Una noche, cuando ordenaba los papeles de la casa, encontré la fotografía blanco y negro; no era más grande que mi mano, estaba dañada por el reverso porque fue arrancada de aquél viejo mueble, borrando quizá cualquier indicio de fecha o nombres de los tres niños que se mostraban particularmente inquietos. La jovencita a la izquierda miraba con recelo al calvo bebé del centro, al igual que el niño, cuyo rostro en tres cuartos parecía forzar la vista al frente, con los puños apretados a los lados. El pequeño del centro con la boca fruncida, daba la impresión de estar a punto de llorar. El suelo era terroso y había paja desperdigada por todos lados. El sillón donde se encontraba el bebé, estaba tapizado con una tela floreada, me recordó las sillas que visten a juego con la mantelería en los eventos sociales. El respaldo se veía demasiado alto y tenía una superficie irregular, encima le habían colocado un velo... me parecía que el sillón abrazaba a la criatura.

Tuve un sueño con los niños de la fotografía; el bebé llevaba puesto un vestido blanco de holanes, entonces, era una niña que lloraba desconsolada tratando de liberarse del sillón, me extendía los pequeños brazos para que la cargara, el niño y la jovencita a los costados, la tomaban

de los hombros para que el peso no la hiciera caer, sus rostros estaban demacrados, se veían pálidos y ojerosos. Estaban tras un círculo dibujado con una especie de tierra blanca; incapaces de dar un paso fuera de él, permanecían atrapados por alguna fuerza imperceptible. Creí que podrían haber sido mis hermanos, Sara y Josué, y yo probablemente, la bebé en el sillón.

Mandé hacer una ampliación de la fotografía, para averiguar detalles que pudieran confirmar la identidad de los niños, además, no era capaz de recordar del todo los rostros de mis hermanos. En el servicio de fotocopiado me ayudaron a cambiar los niveles de contraste por medio de un programa de edición, la chica en la computadora pensó que se trataba de un buen trabajo de fotomontaje nada más, pero a mí me dieron escalofríos al reconocer el círculo de piedras en la pared; completo, era una especie de símbolo en espiral.

Lo que suponía un sillón, era una persona cuyo rostro se escondía detrás de un velo, su cara alargada tenía los ojos desorbitados y de la boca abierta sobresalían pequeños dientes afilados, como los de un pez. La tela floreada, formaba parte de un largo vestido que apenas cubría un par de zapatos que se asomaban de entre el vuelo del faldón.

¡Ese rostro! Lo veía en pesadillas y me resultaba familiar ahora. Yo le juraba a mis hermanos y a mi

abuela que por las noches veía a “la señora mala”. Nadie desmentía las visiones, solo me consolaban diciéndome “ya pasará”.

Una vez, Sara me contó que ella no era una *señora mala*, sino que se trataba de mamá y nos visitaba por las noches, pero no debía contarle a nadie o ya no vendría.

Yo le temía tanto, que le dije a todo mundo que mi mamá era mala y espantaba gente. Las cosas empezaron a ir mal después de eso, mis hermanos enfermaron gravemente, primero murió Josué y tiempo después, Sara; anemia severa, según recuerdo lo que dijo la abuela.

Yo me quedé a su cuidado unos años más, pero también cayó en cama poco después que yo. Me encargó con su hermana en otro Estado. Al fallecer la abuela, la casa se perdió por la acumulación de deudas, así que me fui a vivir con la familia de la tía abuela, hasta la edad adulta.

La oportunidad de crecer profesionalmente me trajo de vuelta, y ahora me encontraba frente a los terrores nocturnos desbloqueados por la fotografía, así que me deshice de ella enseguida, y a partir de ese momento, la visión de la mujer detrás del velo se aparecía más nítida. Se mostraba en diferentes lugares cada vez, sentada, sosteniendo a una inexistente bebé y con la mirada feroz, a modo de burla, hacía pasar su lengua bífida por encima de sus labios acartonados.

¡Pero ésa era mi casa y yo mandaba en ella! Así que, harta de sus infernales manifestaciones, la confronté de una vez; ocurrió una ocasión que llegué de trabajar, me dirigí a la habitación y ahí estaba en la orilla de la cama. Me acerqué despacio, sus zapatos se asomaban por el faldón verde de grandes flores y su rostro acechaba detrás del velo traslúcido, el cual retiró para dejarme ver su maléfica sonrisa. Ya frente a ella, di la vuelta y me senté encima para invalidar su presencia, pensé que sentiría mi propia colcha, pero no fue así, sus huesudas piernas se habían materializado, al igual que sus brazos serpenteantes que rodearon mi cintura, aprisionándome. Percibí su aliento detrás de mi cuello, un vaho repulsivo salió de su boca al abrirse paso entre mi carne con aquellos dientes de aguja. A través de aquélla succión, mis fuerzas se rendían a su abrazo.

—Bienvenida de nuevo, mi niña, mi casa es tu casa...

# El borbollón

Marisa Analí Lagunas Díaz

Distribuidos a lo ancho de la poza los cuerpos inertes de cinco niños flotaban bajo el sol agobiante del verano. Como cada seis años, el borbollón que alimentaba la poza, y en realidad, a todo el pueblo, había tomado sin tregua aquello que lo mantenía vivo y latente en el centro de la tierra. Aunque todos en el pueblo intuían lo que sucedía bosque arriba, entre los riachuelos que nacen de la poza, nadie hacía algo por frenar el interminable ciclo que, al menos desde la memoria de los habitantes más viejos, ocurría puntualmente. Como las estaciones, las fases de la luna y hasta los días de guardar, aquel momento del verano llegaba sin que nadie pudiera o quisiera evitarlo, sin letreros de aviso para advertir a los más pequeños lo que sucedía monte adentro.

Este año fueron los hijos de los Sánchez y los dos primos que llegaron de la ciudad para pasar los últimos días del verano en el pueblo caluroso y polvoriento de sus abuelos. Sin mucha sorpresa, el periodista local se acercó a la poza para tomar la fotografía que aparecería en la página central del periódico que mantenía más por tradición que por convicción. Como los que estaban en torno al foso de agua que manaba de una enorme piedra en la cima del monte, estaba seguro que los niños no

sufrieron, quizá sintieron un poco de pánico al descubrir que los brazos del borbollón se aferraban a sus piernas para volverlas pesados plomos que tiraban hacia abajo, quizá un escalofrío y el súbito terror que, dicen algunos, te invade cuando sientes la presión del agua comprimir los pulmones, quizá un par de gritos o brazadas, nada más. El borbollón nunca deja que suceda algo más.

Este año la fotografía sería peor que la anterior. La tecnología había avanzado en los últimos seis años y confiar en que la impresión sería justa con aquellas caritas hinchadas y verdosas era un volado que no quería jugar. Consideró imprimir esa edición en blanco y negro, apostando por la dignidad humana y el decoro, como si eso pudiera entenderse entre la gente del pueblo que, apenas supieran de los niños, subirían con tamboras y trompetas celebrando el nuevo ciclo. Era cosa de unas horas para que el camino hasta la poza se llenara de marchantas y chachareros. Unas vendiendo coronas de flores, veladoras y listones para anotar peticiones, otros vendiendo gorras y bastones. Todo lo necesario para recorrer el trayecto del pueblo a la cima del monte se encontraba en la romería que se armaba apenas los cuerpos se sacaban del agua. Imprimir la fotografía en blanco y negro no cambiaría nada de eso.

El suceso venía siempre acompañado de música y convite. Había que sacar los cuerpos con celeridad, antes

que el rigor mortis impidiera a las borbolleras limpiar con aceite de rosas y ruda los cuerpecitos que, una vez ungidos y coronados con guirnaldas de lirios, serían acomodados sobre las sillas de palma tejidas por alguien que ya no recuerdan. Todo se diluye dicen las abuelas, menos el hambre del borbollón. Vendrán después las procesiones con incienso y copal, el gentío, los danzantes, todos preparados para el arranque de un nuevo ciclo. Dirán los más viejos que no hay buenas noticias, que los niños fuereños eran señal de calamidades y desgracias. Dirán que encontrarlos boca abajo era señal de escasez y probables sequías. Dirán también que había esperanza porque los niños no eran del todo fuereños y se sabe bien que por más lejos que corra, el agua nunca olvida de dónde salió. Por eso había que tomar decisiones con rapidez. El periódico se imprimiría a color, como había sido desde que las impresoras y las tintas pasaron a ser asequibles y en vez de la fotografía de los niños flotando en la poza con sus manitas hinchadas y el pelo cubierto de musgo, colocaría en primera plana la fotografía de la nutrida procesión, el encabezado y pie de foto era simple: saldo blanco en la celebración del Señor del Borbollón, los fieles se congregan para dar gracias y pedir por un benigno temporal.

# Infancia

Luis G Torres Bustillos

Fue rara desde siempre. Empezaron a percatarse de que algo no estaba bien desde sus primeros años. No profería palabra, entendía, pero no decía nada. Solo expresaba sus necesidades con movimientos de las manitas y expresiones faciales. Caminaba, comía, dormía con normalidad pero no hablaba. Sus padres estaban preocupados, pero no sabían cómo ayudarlo. Era hija única así que la mamá podía dedicarse a satisfacer sus necesidades. Era pequeña para su edad, regordeta con mirada limpia y alegre. Las primeras situaciones extrañas ocurrieron cuando tendría unos seis años: empezó a rechazar ser vestida. Se arrancaba los vestiditos, las calcetas y los calzoncitos de olanes para quedar desnuda y libre. Para que no sufriera frío le empezaron a envolver en una manta delgada.

Más adelante le dio por esconderse. Buscaba espacios en el closet, tras de muebles pegados y en el cuarto de servicio para esconderse. “¡Reginaaaa, Reginaaaa!” repetía su madre por la casa. Ella se dejaba ver hasta que lo decidía. A veces aparecía con una expresión extraviada, mordiendo un objeto como una pinza plástica para colgar la ropa u oliendo un viejo zapato.

Creció y algunas manías desaparecieron, pero otras las sustituyeron. A los diez años solo quería recortar plantillas de muñecas y vestidos que su mamá le compraba en la papelería. Usaba tijeras plásticas de punta roma, las únicas que le confiaban. Pasaba horas recortándolas y guardándolas en una caja de cartón. Solo eso la mantenía en paz. Un buen día, decidió cortarles a todas las muñequitas las cabezas y extremidades. El papá de Regina siempre se había mantenido a distancia argumentando lo mucho que trabajaba y las pocas horas que tenía para descansar. Casi no se acercaba a Regina y si lo hacía, la miraba con una mezcla de vergüenza y lástima. Todo recaía sobre la madre, cansada de los muchos cuidados que debía tener con su extraña hija.

Una noche Regina bajó de su camita y a oscuras se puso a buscar cosas por el cuarto. No hacía ruido, estaba descalza y parecía tener una gran habilidad para manejarse en la oscuridad. Los padres de Regina despertaron en un sobresalto, encendieron la luz de la mesilla de noche y se encontraron con Regina sobre la cama, entre los cuerpos de sus padres, desnuda, desbaratando a jalones sus muñecos de peluche y lanzando los pedazos y hacia todos lados. Parecía estar en un frenesí destructivo que solo podía satisfacer destruyendo esos muñecos.

Después de episodios así la madre la llevaba a la cama y la arropaba besándola y hablándole con cariño. Ella

la miraba con una mirada lejana y bobalicona mientras hacía sonidos guturales.

Ambos padres discutían frecuentemente qué hacer con Regina. La madre hablaba de paciencia y de tratarla con cariño, el padre sugería severidad y castigos correctivos. Los dos levantaban la voz sin llegar a ningún acuerdo. Él terminaba girándose, apagando la luz y cerrando los ojos para dar por terminada la discusión. La madre no tenía información ni familia a quién contarle sus problemas, así que se decía a si misma que todo iba a estar mejor y que su cariño y paciencia lograrían sacar adelante a su hija.

Cuando Regina cumplió trece era una niña desgarbada, vestía shorts y playeras, casi nunca andaba calzada y seguía sin proferir palabra. Viéndola de lejos parecía una pequeña salvaje de mirada dulce pero extraviada. Era glotona, sobre todo si de cosas dulces se trataba. Andaba despeinada y con las uñas largas, era difícil mantenerla quieta para cortárselas. Pasaba buena parte del día encerrada en su cuarto dedicada a labores como despedazar un libro, desarmar un reloj hasta dejarlo en piezas. Otras veces se asomaba por la ventana durante horas. A veces sonreía desde su ventana, otras solo movía los brazos para que la gente la viera.

Una noche sus padres escucharon movimiento en la sala de la casa. Pensando que algún extraño hubiera

entrado salieron sigilosamente de su habitación. El padre tanteó a oscuras el *switch* de la luz y al encenderlo encontraron un panorama sobrecogedor. Regina estaba desnuda a media sala cortándose el cabello. Parecía estar enfadada y lanzaba lejos los mechones que alcanzaba a cortar. Ambos se lanzaron a detenerla, fue difícil quitarle las tijeras. Solo hacía gritos extraños y pataleaba sin cesar. La madre la llevó a su recámara casi arrastrándola. El padre recogió el pelo tirado por la sala. Estaba molesto, miraba con desprecio a Regina.

Cuando ambos estaban acostados y con las luces apagadas empezaron a escuchar ruidos en la habitación de Regina. Al entrar ella saltaba sobre la cama y lanzaba objetos a las paredes, un juguete golpeó la ventana, los vidrios saltaron en todas direcciones. Regina se asustó y se escondió entre las cobijas, soltó a llorar y no se detuvo en mucho tiempo. Nada podía consolarla.

Regina cumplió quince años. Seguía aceptando solo shorts y playeras de manga corta. La novedad era que aceptaba calzar chancletas plásticas de colores. Empezó a tener la fijación de salir de casa. Antes no le importaba lo que sucedía en el exterior, pero de repente empezó a asomarse por la puerta cada que podía. Sacaba la cabeza y miraba a la gente pasar. Estaban rodeados de casas dúplex y edificios de cinco o seis plantas. Alrededor de las viviendas había pequeños pasillos y parques

descuidados. Regina no se atrevía a separarse del quicio de la puerta aunque sentía cada vez más deseos de conocer el exterior. Una tarde salió de casa sigilosamente, se aventuró al parque más cercano y se sentó en una banca a mirar. Un pequeño se acercó a ella con su perro. El perro la olfateó con curiosidad, luego se puso a ladrarle. Regina lo miró despreocupada, lo tomó del hocico y se lo cerró presionando fuerte con ambas manos. El pequeño le pidió que lo soltara, Regina solo reía. Cuando soltó el hocico del perro, echó a correr seguido de su dueño.

A partir de ese día Regina empezó a salir de casa por las tardes y las noches. Salía sigilosamente y vagabundeaba. Una noche tomó herramientas de casa y envolviéndolas en una toalla salió a la calle. Se sentó en la vieja banca y esperó. Tiempo después apareció un grupo de perros de la calle, se le acercaron jadeando. Uno de ellos, pequeño y nervioso, empezó a lanzarle un agudo ladrido.

Al día siguiente, cuando la madre de Regina entró a su cuarto se percató de que en el piso, la cama y la ropa de Regina había sangre. Asustada, la giró para mirarle la cara. Ella estaba despierta, con la expresión perdida de siempre. Sus manos estaban cubiertas de sangre seca, la ropa de cama también. La madre dio un grito y cargó como pudo a su hija. La llevó al baño, la desnudó y la metió a la regadera. Comprobó que no tenía ninguna herida. La bañó con paciencia ¿De dónde venía esa

sangre? La secó y la vistió. La llevó con cariño a su cama y la recostó.

Con miedo, la madre quitó las sábanas manchadas de sangre y las lanzó a una esquina. Jaló la cama y vio una toalla ensangrentada en el piso. La toalla envolvía restos de un pequeño perro degollado y mutilado. Encontró también un cuchillo y tijeras de costura. Quiso aventar todo y salir corriendo, pero sacando fuerzas, fue a la cocina por una bolsa negra y echó los restos del perro y la toalla.

Anudó la bolsa y la sacó a la azotehuela. Pasó por su cuarto para comprobar que Regina seguía acostada. Lavó el cuchillo y las tijeras. Uso una fibra plástica y detergente para lavarse las manos y con un trapo húmedo regresó a la recámara de Regina. Se dedicó a borrar todo vestigio de sangre, cuando estuvo satisfecha lavó el trapo.

Regresó con Regina y la reprendió con los nervios crispados. Regina la miraba desde quién sabe dónde. Entonces su madre se acercó a ella, la abrazó y se soltó en un llanto largo y continuo. Regina solo acariciaba los cabellos de su madre, mirando a un lado.

La madre decidió no contarle nada al padre. Se sentía tan inútil, tan desesperada. Después de que los tres cenaron sin hablar la madre llevó a Regina a la cama, la arropó y le besó la frente. Apagó la luz y se fue a dormir.

Se acostó y se fue quedando dormida poco a poco,

pensando en cómo iba a ayudar a su hija. Cuando los dos despertaron a media noche y prendieron la luz de cuarto, Regina estaba parada cerca de su cama, desnuda y con un cuchillo en la mano. Miraba al padre sin pestañear.

# En renta

Georgina Stivaleit Guerrero

“Soledad, ven para acá”, me decían de siete a once, a veces doce. “Soledad, un favor” pedían los niños, los educados, de vez en cuando. “Soledad haz... Soledad termina...” escuchaba decir a la señora veinticuatro siete. Cuando me retiraba a descansar no faltaba el “antes de que te duermas...”. Así me la pasaba subiendo y bajando de la casa, arreglando, acomodando, cosiendo y cocinando. Incluso en domingo, cuando todos se dirigían al servicio, allí me querían también aunque no les sirviera para nada. Imagino que por desconfianza; “no se vaya a quedar la muchacha sola en la casa ¡Qué sorpresa nos podríamos llevar!”.

Pero ahora que no están ellos, sino los Ruvalcaba, puedo descansar un poco más, sólo una pizca de más porque aún no lo hago totalmente. Les ayudo a limpiar aunque a veces ellos quisieran que no lo hiciera. Estoy vieja, bien vieja. Me gustaría dejarles en claro que a pesar de que estoy invadida de arrugas aún me siento con mucha energía, quizá con más que antes. Apoyo en mover los muebles, porque seamos sinceros: los hombres de hoy en día no son tan fuertes como los de mi tiempo; y estando acostumbrada a cargar pilas pesadísimas de ropa y llevar en brazos a los niños

perezosos bastante mayorcitos, he desarrollado músculo y determinación.

También me encargo de que las luces no se malgasten, de que los módicos aparatos tecnológicos duren más. En mis tiempos eran inventos, ahora los llaman innovaciones porque dizque ya nada se inventa sino que se mejora. Me comprometo a hacer que todos lleguen a tiempo a sus respectivos lugares de trabajo: a Don Santos Ruvalcaba lo despierto tempranito: activo el despertador desde las dos o tres de la madrugada, pa que no llegue tarde; a la mujer, Doña Esperanza, voy y le toco la puerta recio porque luego no escucha; a los hijos adolescentes les abro las cortinas, permitiendo a la luz potente entrar y cada vez funciona mejor pues a veces, cuando llego, ellos ya están listos para sus clases. Al perrito, mi amigo Fido, lo intento acariciar cada mañana pero no se me deja. Me gruñe y me ladra a veces cuando todos en la noche queremos descansar. Le he dicho que no soy diferente a sus dueños, que nomás porque trabajo en la limpieza del hogar no debe menospreciarme. Sin duda él es un perro listo, no se convence con facilidad. Prefiere la compañía de sus verdaderos amos. La chica, Luz, creo que se llama, le ha dicho que no me preste atención, que se mantenga alejado. Emmanuel, el muchacho, le dice que no le haré daño. De todas maneras, Fido no se me acerca. Nunca lo hace.

El día que se nos dio la noticia de que un nuevo miembro de la familia llegaría a casa, preparé un festín. Saqué los sartenes, utensilios, ollas que teníamos en la cocina, las cuales no se han usado durante meses y me dispuse a preparar alguna delicia. La señora Esperanza se indignó mucho porque según eché a perder el succulento guiso que ya había comenzado. Quise explicarle que no había sido yo sino ella misma, pues había olvidado apagarle al fuego. Yo sólo lo prendí para ahorrarle un viaje a la cocina, lo puse a la temperatura indicada en la receta, y era su responsabilidad apagarle si sabía cuánto tiempo se debía hornear.

Siempre me ha dicho que no disponga de su cocina cuando le entran las ganas de crear algo, lo cual no sucede casi, aunque así lo ha dicho, a mí, a su hija, a Emmanuel, quien de vez en cuando entra a prepararse quesadillas y las deja casi a tostar como su madre. Cuando le apago me llevo una regañiza. ¡Quién los entiende! Han sido varias veces que encontramos nuestro hogar inundado en humo. Y no he sido yo, pero a mí me echan la culpa. Ese día la mujer ya tenía casi seis meses de embarazo y no se había dado cuenta. En mis épocas de juventud esto no sucedía. Los anticonceptivos esos de hoy en día son la razón, estoy convencida, porque se confían.

Cuando la pequeña Gloria llegó, sietemesina, también vino un sacerdote a bendecir la casa. La bebé no pudo

entrar hasta que el Padre echó agua por todos lados. Roció cada uno de los rincones de la casa e hizo una oración que seguimos cuidadosamente en coro. Sin que sus padres lo notaran, el hombre hizo una cruz con el agua sobre la frente de ella. A mí me pareció incorrecto pero tampoco lo di a conocer. Ni creo en esas cosas.

Estando todos adentro, Gloria me sonrió y sus padres se alteraron porque era la primera vez que la nena lo hacía; supongo que no era justo dedicar semejante gesto a alguien como yo. Lo entendí, me mordí la lengua. Esa pequeña era un cúmulo de todas las cosas buenas que conocía en este mundo. Sus ojitos apenas abiertos destellaban alegría que jamás he visto en otro lugar. Los labios que me sonrieron me decían quedito que me amaban.

Pues bien, algunas semanas después, al sentirme suficientemente maltratada por esta nueva familia, lo decidí. En esta ocasión fue un martes. En un patético intento de detener mi contacto con su hija menor, Doña Esperanza desechó la idea de darle una habitación. Acomodó la cuna al lado de su propia cama.

Yo desperté a todos temprano como lo acostumbraba. Nunca recibí agradecimiento pero tampoco me importó más. La señora bajó a la cocina a preparar la leche de su nena; que si hubiese quedado a mi consideración hubiera cambiado a pecho en lugar de fórmula, pero

¡Ah, las ideas de las mujeres modernas!

Sin que lo notara, salí y toqué el timbre, cosa que nunca antes había hecho porque, ¿quién tocaría el timbre de su propia casa? Muy pocas veces salía de allí. A esas alturas no era ni requerida para ir al servicio dominical. El sol definitivamente hacía mal a mi piel vieja y a mis ojos cansados. Fido se apresuró a ladrar dentro de la casa. La señora sí echó un vistazo. Se alejó un poco más al patio, lo que me permitió regresar a nuestro hogar y cerrar la puerta. Ahí afuera estuvo ella gritando por ayuda, golpeando la entrada, intentando romper los cristales de las ventanas. Fido me ladró y cuando cayó en cuenta de que la bebecita estaba sola en la parte de arriba, subió los escalones de tres en tres.

Mientras yo, bien segura de lo que hacía, regresé a la cocina donde se calentaba la leche de mi Gloria y prendí todo: la estufa, los toallines, los platos de plástico y demás despensa que no había probado desde hace varios años. También los sillones sintieron el fuego.

Doña Esperanza rompió en lágrimas afuera de la casa. Al parecer, los únicos vecinos que vivían cerca no estaban en sus hogares, sino trabajando. Yo lo sabía, por supuesto. No pude sentir lástima por ella puesto que jamás se había mostrado empática conmigo.

Subí a la habitación donde Gloria dormía y esperé a que el humo del incendio nos cubriera por completo. Me

hubiese gustado dejarle en claro a su madre que la niña moriría por asfixia, no por quemaduras, para dejarle un poco de la paz que a mí nadie me había concedido, pero no tuve el remordimiento.

Apenas me vio Fido, se echó hacia mí, intentó morderme: no pudo siquiera tocarme. El pobrecito animal se volvió loco queriendo salvar a Gloria. Ahí me quedé escuchando a mi bebé toser mientras le cantaba una canción de cuna. Ya no sonrió. Pero yo sí lo hice, extasiada en la eternidad que tendríamos para coexistir en nuestro hogar. Eso, claro, si se quedaba conmigo en la tierra y no se iba a otro lugar más bonito. Cuando estuve viva siempre quise tener una hija.

# Anastasia

Julio César Sámano García

Pocas cosas me han causado tanto dolor como la muerte de mi amada Anastasia. Solía visitarla en su tumba con frecuencia. El encargado del cementerio, cansado de mis súplicas, me permitió cuidar esa sección. Quisiera contarles sobre las vicisitudes en la muerte de mi amada, pero con apenas mencionarlo se me parte el alma. Puedo jactarme, a diferencia de muchos en este pueblo, de que mi matrimonio fue producto de amor real y no un arreglo económico. Ella era una de las mozas de la casa más acaudalada de la ciudad; yo, simple aprendiz de enterrador.

Aunque pareciera extraño, tuvimos tiempo de conocernos más que otras parejas. Con ella charlaba, jugaba, reía... Hacíamos de todo. Su amabilidad y comprensión era mucho más de lo que yo podía esperar. Su piel nacarada y sus rizos bañando sus delicados hombros eran mi perdición. Estuvimos casados poco más de diez años y nunca pudimos tener hijos, pero eso no importó; ocupábamos nuestras tardes para seguir amándonos. No existía otra mujer a la que pudiera amar con la misma intensidad que a Anastasia. *¡Oh, mi amor!, ¡no hay un sólo día en el que no me duela tu partida!* Fiel a la costumbre, até en su mano un pequeño cordel unido a una

campanilla. Después de quince meses ese cordel mantenía mis esperanzas de su regreso.

Un año después de la partida de mi amada estaba sumido en una profunda tristeza; fue cuando conocí a Mary, prima de un gran amigo, quien preocupado por mi situación decidió presentármela. Era hermosa, mucho más joven que yo, también su ímpetu me sobrepasaba, sin mencionar que compartía una característica con Anastasia que me volvía loco: hermosos rizos negros.

Un mes después estaba desposando a Mary. ¿Qué me orilló a tomar esta decisión? No lo sé. Tal vez la necesidad de estar cerca de alguien o de dejar atrás mis sentimientos por Anastasia. Mary era dulce, procuraba siempre la forma de complacerme. Trataba de involucrarse en mis asuntos con interés real. Cuando llegaba del trabajo me esperaba entusiasmada incitándome a que le contase cómo estuvo mi día. No estaba acostumbrado a ese tipo de atenciones en el último año. Algunas veces solía platicarle a Anastasia sobre mi nueva vida. Varias ocasiones escuché la voz de mi amada respondiendo desde su tumba; nunca hablé de ello con Mary, pero sí con amigos en la taberna. Me tildaron de loco.

Mary no cedía en su trato cordial y en sus ansias de compartirse conmigo; comencé a odiar esa actitud que taché de infantil. ¿Quién se había creído para tratar de abarcar mi vida y mi tiempo? O peor aún, ¿acaso trataba

de sustituir a mi amada? Los últimos dos meses tuvieron esos tintes, ella buscaba incesantemente acercarse a mí, mientras yo me dedicaba a evadirla.

Aquel día salí, como de costumbre, en la madrugada. En el cementerio las cosas parecían en calma, excepto por la torrencial lluvia. El encargado nos envió a casa, pero mis ánimos eran pocos y decidí pasar a la taberna primero. Pasado mediodía y con bastantes cervezas encima, me marché. Al llegar a casa encontré a mi esposa desnuda en la cama, su cuerpo me esperaba y sus ojos destilaban lujuria. La miré de pies a cabeza. Quise abalanzarme sobre ella, pero algo me lo impidió. Había alaciado su cabello. ¡La única similitud con Anastasia se había esfumado! La furia me invadió; grité como loco lanzando todo por la alcoba. Ella corrió para abrazarme, la aparté de manera brusca haciendo que cayera e impactara su cabeza en la base de la cama. Quedó tendida en el suelo. Con mi cabeza a punto de estallar tomé una sábana para cubrirla y buscar ayuda, el médico del pueblo no vivía lejos.

Horas después estaba de vuelta. Con ella en la cama me sentí infinitamente más tranquilo. Destapé una botella de ron para olvidar el mal sabor de la tarde. Casi terminaba la botella cuando alguien golpeó la puerta, salí a atender.

—¡Frank! —Dijo jadeante mi compañero del cemen-

terio; iba acompañado de otras personas con antorchas encendidas. —. ¡No sé cómo decir esto! ¡La campana! —la voz se le quebraba con cada palabra—. La campana de la tumba de tu esposa comenzó a sonar.

Me senté en el umbral de la puerta para aclarar mis ideas y responder al amigo.

—Mi esposa está muerta —dije sereno—. Dispongan de la tumba como quieran. No hay nada para mí en ese féretro. Ahora, si me disculpan, mi amada está arriba esperando que me acueste con ella.

# Bullicio

Lorenza González Ortega

Te diriges a la puerta para abrirle y que entre. Ya no la escuchas, si algo llamó su atención, ya se fue. Abres con cautela, la llamas, no contesta ni viene. Estiras el brazo con la pequeña veladora que apenas alumbra, esperas verla en algún sitio, nada. Alguien se la llevó. Pero es grande, no hay manera de sacarla sin un escándalo. Oyes campanillas; volteas alarmada, empujas la puerta y las llaves se mueven, suenan parecido, intentas igualar los dos sonidos: no puede ser otra cosa.

La perra no está en el jardín. Le gritas. De nuevo las campanillas. Resistes a creer que no sean las llaves mientras las escuchas dentro de la casa... Eres tú la que mueve la puerta y son las llaves las que se mecen. Ves a tu perra adentro, mueve la cola, se acerca. ¿Cómo entró? Está aquí ahora, contigo; un ser vivo perro. Cierras la puerta. Tembló hace dos días, así empezó todo, las cosas están cambiando sutilmente y suceden otras que aún no me explico. No lo he pensado mucho, estoy acostumbrada a dejar pasar y a lo que sigue. Pero después de lo de ayer, comienzo a creer que alguien me está jugando una broma: me estará observando de cerca, acechando mis movimientos. Seguro le dio de comer a mi perra, por eso dejó de ladrar, y entre la oscuridad y la veladora,

Oksana, silenciosa, entró a la casa. Al amanecer, cuando salí del cuarto noté algo distinto. Las cosas que se dejan en la barra de la cocina pueden ser tan variadas cada día que no cobran importancia. Pero hay algo... un color, un volumen un poco más grande de lo normal. Tomo la tetera, la lleno de agua y al colocarla en la estufa, en ese momento, parada ahí, prendiendo la hornilla, mis ojos ya no pueden dejar de percibir ese bulto. Sé que eso no es normal, que no me pertenece, yo no lo puse allí. Vivir sola no es lo más raro en estos tiempos, las mujeres de mi edad, la mayoría, estamos divorciadas; los hijos no están y el ex marido no nos importa. Me acostumbré a resolver como muchas, pero ahora había algo que cambiaba y no sabía por qué. Era como si alguien transitara por los espacios de mi casa en momentos distintos a los míos, no coincidíamos, pero algo había que me hacía saber que ya no estaba sola, que algo ocupaba mi casa, a mi perra y mi jardín. La única que no se daba cuenta era mi gata. Cosa rara, cuando siempre ven lo que nosotras no vemos. A mi gata no le importaba nada que no fuera la hora de servirle la comida.

Sentada en el sillón del estudio escucho una musiquilla, alcanzo a ver el jardín por uno de los ventanales. Vivo en las faldas de una montaña, tengo pocos vecinos; una detrás de mí, también sola, otros delante mío, yo estoy en medio. Enfrente, pasando la calle empedrada comienza

el prado que se extiende hacia el monte; sembradíos de maíz y de flores de cempasúchil cuando es temporada y la vereda para los borregos que pasan cada mañana. Más abajo mis vecinos alemanes encerrados en sus casas tipo chalet, rodeadas de barda de piedra, cámaras, y mucho jardín. Eso y el camino que baja al pueblo. Las casas son grandes, no nos enteramos de nada, aislados, cada quien en su cubil como animales refugiados. La música salía de la nada, creció en volumen por un rato, cerré la ventana y se detuvo.

El día del temblor estaba recostada en la cama leyendo, creí que mi perra movía la cama al rascarse, pero ella no duerme dentro de mi habitación se queda en el pasillo, en su cojín. Pero ahora la cama se mueve, la perra rascándose... eso lo sé después del desconcierto de unos segundos, esas cosas conocidas; ella está afuera, tras la puerta, debe estar dormida. No hace calor, el frío lo ha dominado todo, la niebla se dispersa ya tarde.

Cuando abres la puerta para alimentar a tu perra y que salga al jardín ya amaneció, es tanto el silencio que no se escucha nada, ni aves o algún animal silvestre. Percibes movimiento junto a la barda de la casa, como una ola que cruzara silenciosa por todo el perímetro. Te acercas y ves a los borregos camino de ida al pastizal, parecen flotar entre la niebla; ningún balido delata que estén vivos. Mi gata negra, Petronil, la que se mete entre

mis pies cuando apago todo para ir a dormir, ya no está; ha desaparecido. En las mañanas abro la puerta de su cuarto, el que era de mi hijo, y le coloco croquetas y agua fresca; es muy exigente. Maulla como demonio, me hace levantar a la fuerza, no hay manera de no hacerle caso. Hoy no la escuché, el silencio me hizo despertar. Temí abrir la puerta y encontrar su cadáver tieso sobre el colchón donde duerme. Cuando me di cuenta de que no era mi perra la que movía la cama, me incorporé y mis sentidos se alertaron. Percibí un ronroneo profundo debajo del piso, un olor a quemado, como a podrido, y olvidé el frío. Afuera se oía ruido de bicicletas, algo mecánico que daba vueltas chocando metal con metal, de pronto se detuvo. Salí de prisa al jardín, serían las nueve de la noche apenas. Los árboles se movían como si fuera el viento el que lo hiciera, mi perra corría ladrando de un lado a otro, no sentía nada, dudé que fuera un temblor, veía que todo se duplicaba, como si estuviera drogada. Las cosas se movían a destiempo; el árbol que se sale del mismo árbol y en su movimiento ondulatorio se deja a sí mismo atrás alcanzarse unos segundos después. Grité a la vecina ¡Hilda! Creí que estaría afuera, en su jardín, como yo. No había nadie alrededor. Después llegaron las voces. De madrugada al inicio, eran confusas. Afuera de la ventana veías sombras que se alargaban como si un auto con luces altas pasara por la calle y proyectara a

una muchedumbre en las cortinas. No podías moverte. Creer que era un sueño no pasó por tu mente, tu cuerpo estaba despierto, lo sabías, oías los gruñidos de la perra, los rasguños en la puerta y de pronto, lejano pero fuerte, el maullido de tu gata.

Cuando todo se esfumó; pudiste moverte, levantarte a la puerta, abrirle a tu perra. Temerosa te acercaste meditando si debías hacerlo, abrir la cortina, si podrías con eso, con lo que encontrarías. Creo que he muerto. Cada día se repite lo mismo, se supone que debía de ir a trabajar, a comprar despensa, pero no salgo de mi casa, no lo entiendo. Pero no es lo mismo exactamente, hay algo que ha cambiado, suceden cosas sin explicación y mi gata ya no está; seguro tuvo que irse, ya no la podía alimentar. Por eso pienso que he muerto. Te has enterado de algo terrible, el vecino tocó en tu casa, dijo que había encontrado a tu gata, mutilada, en el camino al pueblo, aún viva. Es veterinario, dijo, eso es extraño, pudo haber sido él quien lo hizo. Quizás es el que alimentó a la perra aquel día para silenciarla y después espiarte. Te pide que vayas a recogerla, él la ha curado, la ha cosido o algo parecido, no quieres verla, te horroriza pensarla sin patas. No sé si lo he soñado, ¿cómo sabía que era mía? Estoy en el sillón del estudio, el libro que leía en el piso, está oscuro. Pienso en mi perra, corro hacia la puerta, pero oigo la musiquilla de nuevo. No quiero abrir. Voy a

la cocina, busco las velas, los cerillos... Algo cruza por mis piernas, me hace caer. Escucho el bullicio, sé que hay alguien dentro de la casa, hablan, no comprendo lo que dicen. Esto no es bueno: no puedo abrir los ojos. Creo que estoy muerta.

# Fiesta de Té

Arid Blé

Despiertas. La luz roza tus pestañas. Humedad en tu cuerpo. ¿Dónde estás? No entiendes. Cabeza en blanco; un olvido llega hasta ti. Cálido en tu pierna derecha. Convexa tu cabeza con los hombros. Músculos tiemblan. Tu pierna sangra, arde, quema, incomoda, duele.

Pánico, tu respiración se apresura. Observas. Los ojos intentan mojar las mejillas, aprietas los labios. Te detienes un segundo. Miras arriba, el viento bisbea con lo alto de los árboles, estrujas las hojas otoñales debajo de ti. Volteas a la derecha, una mochila está a un metro. Serpenteas hasta ella, quejido germina desde la boca tu estómago. Un tronco, te recargas, respiras.

La abres. La cabeza de una mujer rueda fuera. Tiras la mochila, gritas. Un anillo rebota. Te invade un olor a muerte barata. El color de su rostro contrasta con el cabello negro ceniza que resbala entre su oreja izquierda, el brillo opaca sus ojos miel abiertos, con las pupilas un poco dilatadas, en el derecho; una lágrima inconclusa, en el izquierdo; una mosca. Parece que sonrío a pesar de sus gestos de angustia, con el entrecejo arrugado. Se ve bonita, pero te contradices empujando con tu pierna izquierda.

Tu pecho se vuelve pesado, sientes que respiras lodo. Miles de pensamientos te invaden. Surrealistas.

Los pájaros trinan, sol entra por los árboles mientras pequeñas gotas de rocío brincan de hoja en hoja. Un zopilote sobrevuela. Planeas caminar hasta encontrar una carretera. Confías que podrás avanzar a pesar de tu pierna, tus lágrimas ya secaron, alzas la mirada, humo brota a lo lejos, tu cuerpo se mueve, te detienes un segundo, volteas, la cabeza sigue ahí, viéndote. Exhalas. Con esfuerzo das un paso, la herida en tu pierna no es tan grave.

Escuchas agua corriendo, te acercas. Encuentras tu reflejo, una cara sudada, raspones y cortadas. Tomas un poco de agua; entre tanto chapoteo recuerdas el humo; ahora más cerca, pequeños destellos de esperanza te abrazan como polillas en el estómago.

Piensas con claridad medio segundo. Te sientes un pendejo por no revisar tus bolsillos; en la parte trasera del pantalón encuentras un papel doblado que dice “querida mia”, desdoblas la hoja. Un repentino sonido te interrumpe. Quedas quieto, una serpiente se arrastra. Corres. Tus piernas son arena movediza. Entonces caes al pie de un sendero.

Tus pupilas se alzan. Una cabaña. Como perro sediento ante la lluvia te aproximas a la puerta astillosa, llena de moho. Los ojos tintinean, el pecho deja de pesar, saboreando vida, tocas.

La sensación se esfuma al ver a esa mujer, el ambiente incomoda, parece que estiraron el aire, bajas la mirada,

esta descalza. Tiene un vestido de flores que entalla su cintura y resalta sus caderas. Ojos de mosca; grandes y negros, boca pequeña al igual que su nariz, barbilla afilada, cejas escasas, en su frente un remolino hecho con su cabello. Apenas te llega al pecho. Parece joven pero las arrugas de su cuello la delatan.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —replicas titubeando—. Lo sé todo.

Sientes hormigueo subiendo por tu espalda, tratas de decir algo, pero se ahogan tus palabras.

—Sé que no estás bien, esa pierna, se puede infectar. Entra.

Es una cabaña pequeña con mesa pequeña, muebles pequeños, paredes pequeñas, tuviste que agachar la cabeza para entrar. Te enderezas, dos ojos penetrantes te miran provocando estragos en el abdomen, son de una muñeca, recorres los ojos y por donde veas hay más de ellas.

—Siéntate, iré por cosas para curar eso.

Tu mirada sigue viajando, las paredes son de ladrillo. En la chimenea hay agua hirviendo, vuelves a las muñecas, algunas de trapo, otras de porcelana, el ambiente te tranquiliza, en tu pierna izquierda un gato gordo se restriega. Lo acaricias. Las muñecas te siguen viendo y tú a ellas.

—¡Ah! yo las hice, me gusta hacerlas, es una tradición familiar.

Miras a la mujer. Asientes indeciso.

—¿Gustas té? Curemos eso antes de que se infecte, mientras, cuéntame cómo llegaste aquí.

Tropezando las palabras respondes —no recuerdo.

Sientes como un algodón húmedo toca la herida, ella la aprieta con una tela.

—Parece que fue en el bosque, la herida.

Dices que sí en automático, después dudas.

—No es tan grave.

Miras hacia abajo.

—Clarisa.

Quedas mudo.

—¿Y el tuyo?, tu nombre.

Tragas saliva, ríes con angustia. —Tampoco recuerdo

—Aquí no hay señal, unos kilómetros al oeste hay una carretera, te guiaré.

Agradeces.

—Ya está tu té.

Vuelves a agradecer, lo recibes, tus manos se entumen de calor.

— Así que no recuerdas nada.

A tus oídos llega el suspiro desalentador de Clarisa. Tomas un poco del té, te nublas, te derrites, una sensación de agua hundiéndote llega, tu cuerpo se adormece, la escuchas cada vez más lejos. El sol te pega en la nuca. Entonces caes, el viento tapa tus oídos, en seco llegas a

la silla en donde estabas sentado. Las muñecas te ven, se transforman en bultos sin sentido. Toman su forma, todo está normal. Clarisa sonrío, astillosa y amarillenta; manos diminutas empiezan a tocarte, suben hasta tu entrepierna, arañan tus ojos. Te rindes.

El frío entra por tu cuerpo desnudo, sientes la gravedad que cae en ti. Cuelgas como Cristo, tus ojos se pegan con lagañas. La imagen de Clarisa aparece ante ti.

Ella imita una trompeta de bienvenida

— «Tun, tun tum» queridas, el fenómeno número uno ha despertado.

Las muñecas están acomodadas como si se tratara de un viejo anfiteatro, sus pequeños ojos viéndote. Quieres vomitar el corazón, tus pulmones no encuentran aire. El designo de grito es oprimido por una mordaza.

—Chu, chu, chu, chuchu. No seas exagerado. Eres la estrella número uno, todas compraron boleto para verte.

Empezamos. Tercera llamada, tercera. Hay muchos como tú. No es tu culpa, es como un hongo, ¿sabes? Llega para quedarse y no sale por más que lo intentes.

Es un placer para mí presentar a nuestro honradísimo invitado, él es Roberto Mendoza...

Ya no llega su voz, tu mente está hecha tolvana, lloras y le rezas a él; en quien nunca creíste.

—Pero, querido, no te preocupes, no te quitaré la cabeza, quiero saber, ¿Por qué le arrancaste, le cortaste,

cercenaste, apagaste ... Chu, Chu, Chu, muchos “aste”? ¿Por qué la mataste? ¿No te obedeció? ¿Se le salaron los frijoles? o ¿una tela corta te provocó?

Vuelven a ti las imágenes de aquella cabeza, llegan otras más: pechos, piernas, moscas, una sonrisa, una voz, tus manos ensangrentadas, una mujer tirada, una discusión, una bofetada, otra vez unas piernas, un beso suave, risas, gemidos, gusanos, sangre, piel desgarrada, de nuevo más risas, la cabeza de nuevo, intentas salvarla, salvarte, cosquillas, cucarachas, manos que acarician, un collage; vomitas, te ahogas con ese ácido líquido.

—Por aquí había algo interesante. Una carta, ¡ay! las cartas, son el alma de nuestros pensamientos.

«querida mia: sandra me e enamorado de ti casate con migo despues hiremos a un paiis lindo y tendremos ijos tendran tus hojos»

Escuchas la risa chillona de Clarisa.

—Esto está mal, mira esa ortografía, quedaría enamorada. Parece que lo escribió un poeta, ¿O será que tenemos a un Romeo? Te haré un favor.

Quitamos el “mia” eso es muy común. El “me he enamorado de ti” es algo directo, pero funciona. Solo falta que le agregues sus comidas diarias y ya está. Qué cabeza la mía, es un martirio corregir esto, ya me cansé, tomemos más té.

Clarisa se acerca a ti. Notas residuos de té en sus pechos. Coloca un embudo en tu boca. Sin querer tu mirada se encamina a su bajo vientre. Echa té, quema tu garganta. Te hipnotizas con el viento levantando su falda. El líquido entra por tu nariz, lagrimeas, toses.

—¿Y qué te dijo? Me imagino que no fue la respuesta esperada, te pusiste como remolacha y golpeaste el aire. Bueno, podemos imaginar que pasó después.

Crepitas, rechinas, te estiras, envuelves y derrites. Tus huesos chupan la piel. Un ojo se te cae, rueda, Clarisa lo aplasta. El otro lo observa todo. Te haces cada vez más y más pequeño.

De golpe te despiertas. A lado de ti, una muñeca. Clarisa se acerca con un espejo.

—Eres la más bonita, solo que ese color no te queda.

Tienes un vestido de tela brillante y sonrisa mal pintada. Tocan la puerta. Ella te deja en medio y al centro del estante. Clarisa acomoda su cabello. Sientes la luz cuando se abre la puerta.

—¿Te encuentras bien?

Otro hombre entra.

# Tzompantli

Audiel González

No quedaba ningún hombre adulto que se contara entre los registros poblacionales de Tepecualco; solo mujeres, niños y ancianos. La gente afirmaba que, debido a las escasas oportunidades laborales los hombres optaban por ir a las construcciones de grandes ciudades a trabajar como peones. Desde el último sexenio la mejora en infraestructura avanzaba a pasos agigantados y la ciudad de San Isidro era el destino predilecto de los hombres que vivían en Tepecualco ansiosos de prosperar.

A la larga, los hombres dejaron de volver. Era común que regresaran cada tanto al pueblo para ver a sus familias, cargar a sus hijos cada vez más distintos y besar a sus mujeres cada vez más tristes; pero de un tiempo a la fecha los Guajoloteros llegan sin ningún cansado peón desde San Isidro. Todos cuchicheaban una infidelidad colectiva de los maridos, más de una vez alguno regresó con chupetones en el cuello adjudicado a una rara alergia por los humos de la ciudad. La soledad y la muerte podían sentirse en el aire de Tepecualco, los zopilotes sobrevolaban las chozas tan pobres que se mantenían en pie por pura lastima.

Niños, niñas, mujeres y perros desamparados, maldiciendo a aquellos que alguna vez les acariciaron

prometiéndoles a gritos una vida mejor. Aquella tarde del 5 de octubre la vida en Tepecualco transitaba con una amarga normalidad. Los pájaros volaban desesperados y los gatos rascaban la arena como buscando alivio. En punto de las doce del día, justo cuando el sol pegaba más duro en la frente de los niños la tierra sacudió todas las penas del mundo. Las chozas se agitaban, los cerros tronaban desde sus entrañas y los cantaros de barro reventaron en el suelo.

Los noticieros reportaron un sismo de 8.0 en escala Richter. Las enormes ciudades, financiadas por proyectos gubernamentales sufrieron daños catastróficos a su nueva infraestructura. De las columnas colapsadas en San Isidro se desprendían figuras humanas que asomaban entre las varillas con caras de horror y asombro. Los rescatistas aseguraron que no se trataba de muertos provocados por el sismo, sino que parecía que los restos estaban entre el concreto y el metal de las nuevas obras del Estado. En cada nuevo puente, en cada nueva secretaría, en cada nuevo ayuntamiento se asomaban de las columnas o los techos derrumbados cuerpos desnudos, grisáceos. Algunos apretaban los puños, otros parecían dormir o carcajearse, otros estaban en posición fetal como esperando despertar de un largo sueño.

El sismo pasó a segundo plano cuando en San Isidro y ciudades aledañas se encontraron muertos a decenas.

Los forenses de la capital declararon que la mayoría de los cuerpos seguía con vida cuando fueron arrojados a las construcciones. En el tracto digestivo de las víctimas encontraron cerca de 10 kilos de concreto que tragaron en la desesperación por abandonar su trágico calvario.

Entre las víctimas se hallaron los cuerpos amortajados de todos los hombres de Tepecualco. Eusebio estaba en una columna del distribuidor vial “Revolución”, Narciso en la nueva secretaria de recursos materiales, Raúl en el techo del nuevo ayuntamiento “San Isidro” ...

Eventualmente Tepecualco se derrumbó como todos los pueblos cimentados en la nada. Los ancianos murieron, las mujeres se mudaron a la ciudad para trabajar como servidumbre y los zopilotes emigraron a sembrar su ira a tierras con más esperanza. La leyenda cuenta que, para bendecir las obras, el Gobierno ordenó a sus ingenieros lanzar a peones traídos de lejos como ofrenda para que nada tirara sus creaciones; al fin y al cabo: nadie los iba a extrañar.

# Los cuentos

- 5. Registro sonoro
- 14. La milpa
- 17. El sillón floreado
- 24. El borbollón
- 27. Infancia
- 34. En renta
- 40. Anastasia
- 44. Bullicio
- 50. Fiesta de Té
- 57. Tzompantli



# Ex Libris Diaboli Lingua

*Registro sonoro y otros cuentos de terror*  
antología digital de los textos ganadores  
del primer concurso de cuento breve de terror  
organizado por Café La Fauna y Lengua de Diablo  
se editó en julio de 2022 en  
el antiguo barrio de La Carolina  
Cuernavaca, Morelos.  
Derechos reservados los autores  
y Lengua de Diablo Editorial.

